

# Del bosque de Sherwood a la selva de Hollywood

## Robin Hood en el cine

Ernesto Pérez Morán\*

### Ficha técnica

*Las alegres aventuras de Robin Hood (The Merry Adventures of Robin Hood)*, de Howard Pyle. Trad. Juan Manuel Ibeas. Ilustraciones de Howard Pyle. Madrid: Anaya, 1989.

#### Versión cinematográfica

*Robin de los bosques (Robin Hood)*.  
Dir: Allan Dwan. Prod: Fairbanks/United Artists (Estados Unidos, 1922). Guión: Elton Thomas (Douglas Fairbanks). Intérpretes: Douglas Fairbanks, Wallace Beery, Enid Bennet.

*Robin de los bosques (The Adventures of Robin Hood)*.

Dir: Michael Curtiz y William Keighley. Prod: Henry Blanke (Warner Bros, Estados Unidos, 1938). Guión: Norman Reilly Raine y Seton I. Miller. Intérpretes: Errol Flynn, Olivia de Havilland, Basil Rathbone, Claude Rains.

*Robin y Marian (Robin and Marian)*.

Dir: Richard Lester. Prod: Denis O'Dell (Columbia Pictures y Rastar Pictures, 1976). Guión: James Goldman. Intérpretes: Sean Connery, Audrey Hepburn, Robert Shaw, Richard Harris.

*Robin Hood, el príncipe de los ladrones (Robin Hood, Prince of Thieves)*.

Dir: Kevin Reynolds. Prod: Pen Desnham y Richard Barton Lewis (Morgan Creek, Estados Unidos, 1991). Guión: Pen Desnham y John Watson basado en una historia de Pen Desnham. Intérpretes: Kevin Costner, Elizabeth Mastrantonio, Morgan Freeman, Alan Rickman, Christian Slater, Sean Connery.



HOWARD PYLE, LAS ALEGRES AVENTURAS DE ROBIN HOOD, ANAYA, 1989.



**A** propósito de la legendaria figura de Robin Hood se plantean numerosas preguntas: ¿existió en la realidad ese «príncipe de los ladrones»? ¿cuál fue su verdadera historia?, ¿qué obras literarias y qué películas recogen sus hazañas? Y en cuanto a estas últimas, ¿sirve de algo ser «fiel» a una historia de la que se tienen tan escasas evidencias?

## ¿Historia o leyenda?

Porque de Robin Hood no se sabe a ciencia cierta si fue una figura histórica o no. Sus hazañas fueron cantadas por la

poesía popular entre los siglos XII y XV. La primera mención a este personaje en una fuente literaria aparece en la segunda edición de *Piers the Plowman*, alrededor de 1377, que en dos versos señala a Robin Hood como el héroe caballeresco que hoy conocemos, jefe de una banda de proscritos que vivían en el bosque de Sherwood, personificando el espíritu de independencia y la defensa de los desvalidos. Posteriormente, en 1420, se puede encontrar a Robin Hood, ya en compañía de su paje Little John, en la *Original Chronicle of Scotland*. Durante los siglos XV y XVI, su popularidad creció a través de una serie de textos que lo presentaban como el héroe que nunca

mató a nadie para robar, que sólo actuaba en defensa propia o de los suyos, que jamás deshonró a una dama y que «robaba a los ricos para dárselo a los pobres». Cabe creer, desde luego, en el fundamento histórico de esa figura, pero la niebla de la fábula y la leyenda ha caído desde el principio sobre los pocos datos que de Robin Hood se conocen. Prueba de ello es que los estudiosos ni siquiera se ponen de acuerdo en el origen de su apellido. Para unos, Hood sería el equivalente en inglés de la caperuza que solía usar como sombrero; para otros, una derivación de *wood* —bosque— en el mismo idioma. Autores como Shakespeare, Munday o Walter Scott, entre otros, recogieron distintas huellas del personaje, a partir de poemas y leyendas, y acabaron formando un *corpus* que guarda bastantes semejanzas con el ciclo artúrico.

El libro titulado *Las alegres aventuras de Robin Hood*, de Howard Pyle, ha sido sin duda la fuente literaria más importante para muchas versiones cinematográficas. Esa novela, escrita en 1883, presenta —muy al contrario que algunos films de los que hablaremos— a un Robin que se ve empujado hacia el bosque de Sherwood por haber matado a un ciervo del rey, además de a un guardabosques. El texto se empapa del tono jubiloso de sus situaciones y de la cerveza que constantemente beben los proscritos. La figura de Marian, por su parte, aparece mencionada sólo dos veces, y el texto de Pyle refleja un cierto sexismo, patente, por ejemplo, cuando dice que «todo el mundo sabe que las mujeres tardan más en coger una buena broma».

También llama la atención la forma en que está escrito, dirigiéndose en numerosas ocasiones al lector y adelantando lo que ocurre en cada capítulo en una suerte de resumen inicial, de resonancias clásicas. La obra contiene, por último, dos finales diferentes. En el primero se cuenta cómo Robin se convirtió en el favorito del rey Ricardo y los proscritos dejaron de ser perseguidos; y el segundo, mucho más brillante, es presentado por el autor de esta guisa: «Ahora, querido amigo, que me has acompañado en estas alegres andanzas, no te pido que me sigas más adelante, [...] pues lo que viene a continuación trata de la descom-



Douglas Fairbanks no sólo encarnó a Robin Hood, sino que fue productor y guionista del film dirigido por Allan Dwan en 1922.





Errol Flynn y Olivia de Havilland, Robin y Marian, en la versión dirigida por Michael Curtiz y William Keighley en 1938.

posición de las cosas [...]. Me limitaré a contar lo más aprisa que pueda cómo el valiente Robin Hood murió como había vivido, no en la corte como duque de Huntington, sino con el arco en la mano, el corazón en el bosque y espíritu de proscrito».

### Douglas Fairbanks y Errol Flynn, los primeros Robins

No sería éste, por supuesto, el final elegido en una de las primeras películas que se realizaron sobre Robin Hood: *Robin de los bosques* (1922), de Allan Dwan, con un reparto encabezado por el envarado Douglas Fairbanks, que dos años después rodaría *El ladrón de Bagdad*, de notable cariz neocolonialista. Ambas obras comparten el uso de unos decorados suntuosos y la exhibición del

ornato de la corte, tan del gusto de Hollywood, rompiendo con la sobriedad forestal del Robin Hood de Pyle. Y es que el *Robin de los bosques* de Dwan se asemeja demasiado a un folletín de intrigas palaciegas, sólo salvado por su impecable factura técnica y por el montaje paralelo, a ratos brillante, entre las escenas de las cruzadas y las de Inglaterra. Robin queda definido en esta versión como noble y cortesano, al principio temeroso de las mujeres y después enamorado de Marian, con la que acabará casándose, en un final feliz inevitable, habida cuenta de la fecha y el lugar donde se hizo el film.

De Hollywood llegó también *Robin de los bosques* (1938), de Michael Curtiz y William Keighley, que fue protagonizada por el hiperactivo Errol Flynn y que lleva impresa con toda claridad la marca de su productor, Hall B. Wallis, el

cual, inicialmente, había pensado en James Cagney para el papel de Robin. Pero el actor rompió su contrato con la Warner cuando estaba a punto de comenzar el rodaje, y Wallis echó mano de Flynn, que había saltado al estrellato un año antes con otro clásico del cine de aventuras, *El capitán Blood*, también dirigido por Curtiz y donde tuvo ya como compañera de reparto a Olivia de Havilland, actriz que haría el papel de Marian. Por cierto que, en cuanto a agitación aventurera, la vida privada de Errol Flynn tuvo poco que envidiar a la de su personaje, aunque en un sentido muy distinto: traficante de esclavos y acusado de matar a un nativo en Nueva Guinea, arribó a Hollywood —lugar que odiaba con todas sus fuerzas—, donde se hizo famoso, entre otros extremos, por las orgías que organizaba en un barco de su propiedad. Al acabar *Robin de los bosques* tuvo que refugiarse en España, a causa de una presunta relación con una menor en Estados Unidos, y se instaló en Mallorca, pertrechado únicamente con una maleta llena de botellas de vodka. Posteriormente viajaría a Cuba para entrevistarse con Fidel Castro, al que llegó a considerar el «Robin Hood de sierra Maestra».

Por lo que se refiere a la dirección de la película, Michael Curtiz se hizo cargo de ella después del primer mes de rodaje. Suya es la magnífica escena de lucha entre Robin y el malvado Guy de Gisbourne, donde una panorámica general describe el duelo a espada entre ambos, para luego sacarlos del encuadre, dejarnos ver la continuación del enfrentamiento a través de las sombras de los dos nobles, y reintegrarlos después en el cuadro. Todo ello, en un escenario babilónico, inspirado en el de la primera versión de Dwan. Porque, aunque el palacio siga estando muy presente en el film, algunas escenas nos adentran en el bosque de Sherwood, y la alegría dominante en la novela de Pyle encuentra en ellas un desarrollo coherente. Por lo demás, la película responde a los cánones de la meca del cine: división maniquea entre buenos y malos, un héroe al más puro estilo *epic* hollywoodense, amor, humor —bastante discutible, por cierto— y de nuevo un final feliz con boda solemne entre Robin y Marian.





*Robin (Sean Connery) y Marian (Audrey Hepburn) en la edad madura, en el hermoso y desmitificador film de Richard Lester. A la derecha, uno de los dos últimos Robin Hood, Kevin Costner.*

## Sean Connery, un Robin desmitificador

Todo lo contrario ocurre con la bellísima *Robin y Marian* (1976), de Richard Lester, donde Sean Connery encarna al mítico proscrito a su vuelta de las cruzadas, tras veinte años al servicio de Ricardo. Un Robin envejecido que encuentra a Marian —magnética Audrey Hepburn— como abadesa de un convento: el retrato de un mito desde su crepúsculo, y la reinterpretación de las glorias pasadas a través de unos perdedores que se resisten al paso del tiempo, o bien lo aceptan lúcidamente. Si el *western* de la época dorada tuvo en el *cowboy* su paradigma, *El hombre que mató a Liberty Valance* (1962), de John Ford, supo presentar la decadencia inteligentemente asumida de John Wayne; si las bambalinas consagraron al cómico, Chaplin fue capaz de recomponer un retrato tardío

de éste en el Calvero de *Candilejas* (1952); y si el cine de aventuras encontró en Robin Hood a su héroe por antonomasia, *Robin y Marian* vino a rescatar esa figura precisamente para desmitificarla. De este modo, la película que con más libertad se acerca a su referente literario acaba convirtiéndose en la más fiel a su espíritu último. La alegría de la novela de Pyle, por ejemplo, aparece en los recuerdos de la pareja protagonista, mientras que los magníficos finales de ambas obras coinciden, al menos parcialmente: en *Las alegres aventuras de Robin Hood*, el protagonista es traicionado por su prima la abadesa, que le sangra hasta matarlo. Antes, Robin pedirá ayuda a Little John para lanzar su última flecha; allí donde caiga, deberá ser enterrado. En *Robin y Marian*, ésta, convertida en abadesa, hace que Robin tome veneno, después lo bebe ella —tal es su deseo de no sufrir más— y el episodio

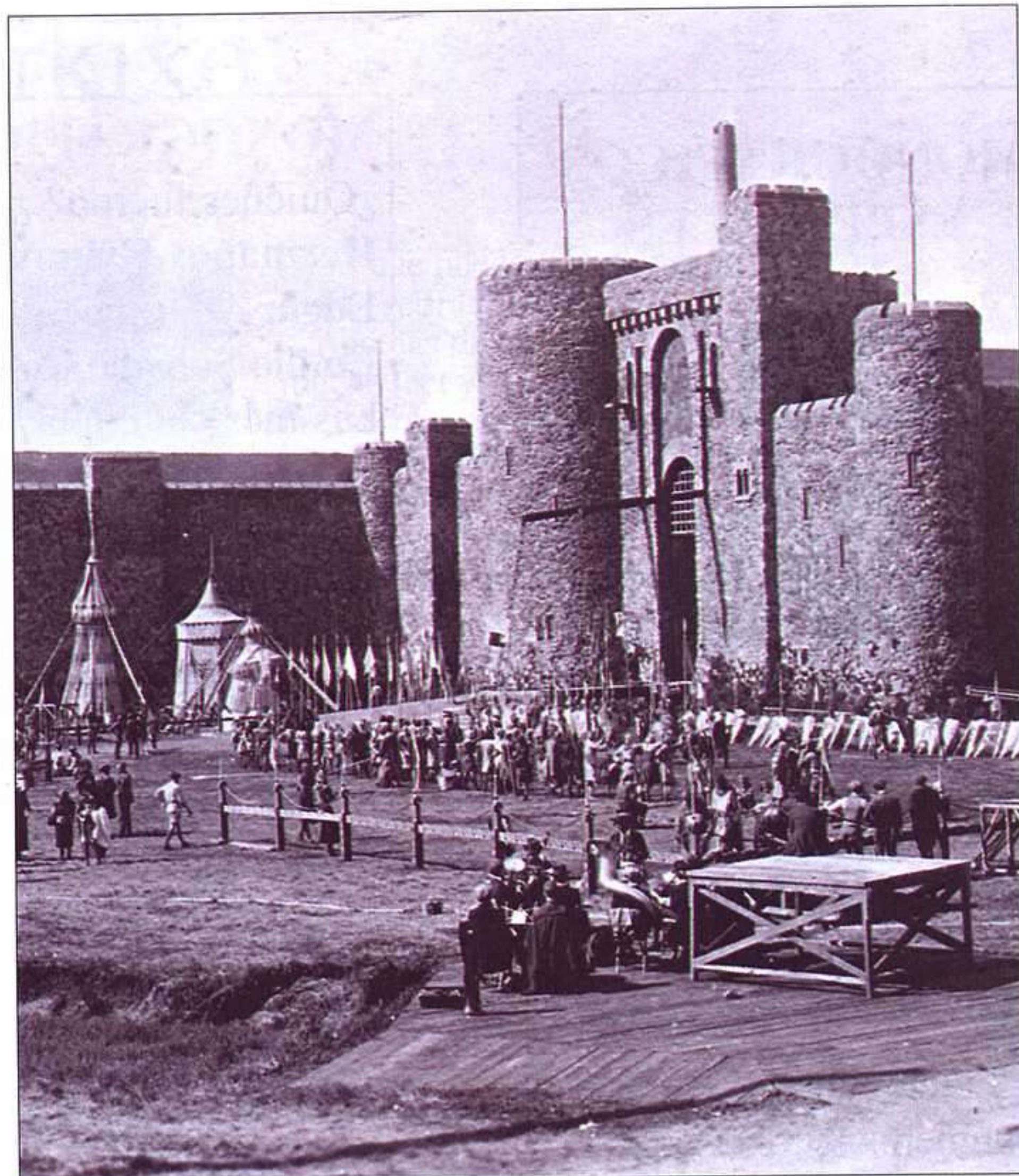
de la flecha se repite con idéntico lirismo que en el libro...

El resto de un formidable reparto —Ian Holm, Richard Harris—, incluida la curiosa presencia de una jovencísima Victoria Abril, una ambientación mucho menos pomposa y más coherente que la de las demás versiones, y unos diálogos muy bien elaborados completan la obra más libre y deslumbrante de cuantas se han realizado hasta el momento sobre la figura de Robin Hood.

## Kevin Costner, un Robin típicamente americano

Porque hay que hablar también de otra más reciente: *Robin Hood, príncipe de los ladrones* (1991), de Kevin Reynolds, con el acartonado Kevin Costner como un Robin víctima de mil y una penalidades que justificarán «moralmente» las fechorías





Robin (Errol Flynn) en su duelo con el malvado sir Guy (Basil Rathbone). A la derecha, uno de los majestuosos decorados de Robin de los bosques de Dwan.

que cometerá después. Con una estructura similar a las peores películas del hoy gobernador de California, Arnold Schwarzenegger, el film nos presenta a un héroe que viene de las cruzadas con un amigo infiel —uno de los pocos personajes salvables—, para posteriormente destrozar el mito romántico del que bebe a base de introducir discursos típicamente hollywoodienses, efectismos baratos —las cámaras «subjetivas» de las flechas, los *travellings* enfáticos o el uso reiterado de lentes de gran angular— y un final feliz con el enlace entre Robin y Marian apadrinado por un Ricardo Corazón de León curiosamente interpretado por Sean Connery... Aparte del cinismo que impregna la obra, hay algunos aspectos de interés: la intervención de Maria Elizabeth Mastrantonio como Marian, el castillo derruido de Robin —extraído de la versión de 1922 y que funciona a todas luces como guiño— y un discurso de preten-

dida tolerancia entre las religiones, introducido por la figura del infiel Azeem.

### Otras versiones

En cuanto al resto de versiones, cabe citar, entre otras, *Los arqueros del rey* (1952), de Ken Annakin; el *Robin Hood* de dibujos animados dirigido por Wolfgang Reitherman en 1973 para la Disney; un puñado de films italianos realizados en los años 60 y 70, en los que figuran *Robin Hood y los piratas* (1960), de Giorgio Simonelli y *El arquero de Sherwood* (1971), de Giorgio Ferroni; algunos títulos españoles, como *Robin Hood, el arquero invencible* (1970), de José Luis Merino, o *Robin Hood nunca muere* (1974), de Francesc Bellmunt, y la tediosa *Robin Hood el magnífico* (1991), de John Irving, estrenada casi al mismo tiempo que la versión de Kevin

Reynolds y que pretendía ser la más fiel a la figura del proscrito.

Un nutrido conjunto de films, inspirados en su mayoría en la obra de Howard Pyle, que sin ser una pieza maestra resulta sin duda interesante y puede acercar al público joven a la literatura, permitiéndole conocer, comparar y elegir después entre diversas versiones cinematográficas. Porque *Las alegres aventuras de Robin Hood* conserva hoy suficiente frescura y una notable vitalidad y, sobre todo, anima al lector a pensar —en unos momentos en que quienes se han empeñado en no dejar pensar a los demás pretenden hacerse ricos publicando libros—, hasta tal punto que uno de sus capítulos acaba así: «En cuanto a mí, lo que yo pienso es... Es mejor que deje que cada uno de vosotros saque sus propias conclusiones». ■

\*Ernesto Pérez Morán es crítico de cine.